

**29 de abril de 2021: Día Europeo de la Solidaridad y la
Cooperación entre las Generaciones**



No al distanciamiento social
Conexión intergeneracional

Día Europeo de la Solidaridad y Cooperación entre las Generaciones

No al distanciamiento social. Sí a la conexión intergeneracional

El año pasado, en conmemoración del Día Europeo de la Solidaridad y la Cooperación entre Generaciones, que se celebra el 29 de abril a instancias de la Comisión Europea, un grupo de especialistas y profesionales del ámbito intergeneracional lanzamos, en pleno confinamiento, un primer manifiesto bajo el título “**La intergeneracionalidad suma vidas**”. En él alertábamos de cómo estaban afectando las medidas contenidas en la declaración del estado de alarma a las personas mayores, y avisábamos de las consecuencias derivadas del distanciamiento físico que estaban sufriendo. Reivindicábamos la necesidad de promover acciones que, manteniendo las distancias físicas necesarias para prevenir contagios, evitaran el distanciamiento social, al objeto de paliar el aislamiento y la soledad de las personas de más edad. Y proponíamos la intergeneracionalidad como el principal instrumento para replantear los espacios y los servicios públicos, en un momento en el que se cuestionaban no solo los sistemas de atención y cuidados, sino el propio modelo de convivencia. Pusimos especial atención en los programas intergeneracionales que se estuvieron llevando a cabo durante esos meses de restricción de la movilidad, como medidas que no solo servían para aliviar el día a día que estaban viviendo las personas mayores, sino también para sensibilizar y tomar conciencia tanto de la situación discriminatoria que estaban sufriendo algunas personas de más edad como de sus derivadas “edadistas”.

Doce meses después nos encontramos todavía condicionados por la COVID-19 y sujetos a las duras medidas de distanciamiento físico, imprescindibles a día de hoy, que siguen afectando de manera especialmente intensa y dolorosa a las personas mayores. Tanto en el ámbito social como dentro del propio contexto familiar, los contactos directos entre personas de distintas edades continúan restringidos, sujetos a unos criterios de prevención que, siendo necesarios, han seguido provocando un aumento de segregación de espacios por criterios de edad. Posiblemente, en ninguna otra coyuntura histórica se han visto tan limitadas y reducidas las relaciones intergeneracionales, algo que si bien afecta con mayor crudeza a las personas más vulnerables, repercute negativamente sobre la sociedad en su conjunto.

Desgraciadamente, el aviso que hace un año hicimos sobre los riesgos de que el distanciamiento físico implicase el distanciamiento social entre las distintas generaciones ha resultado premonitorio. Muchas personas mayores, tanto las que se encuentran institucionalizadas como las que viven de manera autónoma en sus casas, han visto tremendamente reducida su movilidad y limitados los escenarios de interacción social, acentuando la sensación de aislamiento y soledad, además de todos los efectos físicos, psicológicos, afectivos y emocionales que conlleva este distanciamiento. Esta realidad es preocupante porque se ha agravado no solo desde una perspectiva acumulativa en meses, días y horas, sino por la progresiva invisibilidad que ha ido adquiriendo este fenómeno: si en los primeros momentos de esta crisis —y a raíz precisamente del tremendo sufrimiento que padecieron—, la sociedad centró su atención en las personas mayores, la prolongación de la misma ha ido diluyendo ese interés. Se incrementa ahora la indiferencia ante una realidad que, lejos de haber mejorado, anuncia un extenso período en el que las restricciones continuarán, algo que los planes de vacunación preferente de la ciudadanía de edad más avanzada no van a poder solucionar por sí mismos. Sin embargo, con motivo de esta

pandemia, nuestra sociedad se ha enfrentado a retos no solo vitales y sanitarios, sino también referidos a la conciencia de lo que somos, necesitamos y requerimos unas personas de otras. En un contexto de obligada reflexión existencial asumimos la necesaria atención a todo cuanto es irrenunciable y prioritario en nuestras vidas. Asistimos al alumbramiento de una creciente conciencia global que propugna la relación solidaria y de reconocimiento entre las distintas generaciones como premisa ineludible y arquetipo de una sociedad más justa y equilibrada. En este modelo de sociedad todas las personas somos esenciales por cuanto significamos, mucho más allá de la relevancia o valoración social de lo que hacemos. Todas las generaciones son artífices esenciales de esta sociedad y así deben ser consideradas y entendidas. Esta es una profunda convicción a la que no debemos renunciar.

Durante este año, quienes venimos apostando por la intergeneracionalidad y reivindicándola como medio e instrumento para la transformación social, el desarrollo comunitario, la cohesión social y la mejora de la convivencia, también nos hemos visto obligados a valorar y reflexionar acerca de nuestra labor. Acostumbrados a que nuestras estrategias de acción y los programas que desarrollamos se planteen en escenarios físicos, asociados al entorno más cercano, el distanciamiento ha supuesto un fuerte varapalo a unas dinámicas que son más difíciles de replantear y de sustituir de lo que creíamos. Conscientes de las dificultades que supone trabajar en escenarios virtuales, así como de las limitaciones que implica la falta de contacto físico, con frecuencia nos hemos dejado inmovilizar por las restricciones que nos impedían juntar en un mismo espacio a personas de distintas edades. Hemos integrado la brecha digital que afecta a las personas mayores, utilizando como justificación las carencias existentes en cuanto a dispositivos, conexiones y competencias digitales, aceptando que lo virtual no podía ser sino una alternativa puntual y limitada, algo así como el sucedáneo a una convivencia verdaderamente intergeneracional. Y aunque razones no nos faltan para identificar esas tremendas dificultades, a menudo nos hemos dejado llevar también nosotros por ciertos prejuicios, en vez de abrir nuestras miradas hacia otros escenarios posibles.

No sabemos durante cuánto tiempo van a prolongarse las medidas de prevención, de distanciamiento físico y de reducción de la movilidad. Tampoco cómo van a afectar las restricciones que hemos vivido a nuestros modelos de convivencia y a los protocolos que guían nuestros movimientos y conductas en determinados espacios, tanto públicos como privados. Está claro que hemos integrado nuevos hábitos, rutinas y conductas y que va a resultar difícil desprenderse rápidamente del estado de prevención e incluso del temor en el que nos hemos instalado durante tanto tiempo. Sabemos que en el momento en el que consigamos la seguridad necesaria se reiniciarán los contactos intergeneracionales en todos los ámbitos; especialmente en el intrafamiliar pero también en el resto de los espacios intergeneracionales volverán a andar los proyectos y programas que veníamos llevando a cabo y aparecerán nuevas iniciativas. Pero mientras tanto hemos de tomar conciencia de que el tiempo sigue pasando y que debemos ofrecer ya, en el presente y no en un futuro incierto, propuestas y soluciones que promuevan las relaciones entre generaciones y que faciliten el contacto social. Además, la propia realidad nos está mostrando unos horizontes, los de la actual sociedad del conocimiento, que no hemos sabido ver suficientemente y que ahora es el momento de explorar y aprovechar a nuestro favor para la creación de nuevos espacios intergeneracionales. Los entornos virtuales y la digitalización de la vida diaria nos permiten alumbrar modelos alternativos a los escenarios físicos de contacto, que pueden ayudarnos no solo a paliar la situación actual, sino a promover iniciativas innovadoras que complementen las que veníamos desarrollando hasta ahora. Es el momento de trazar nuevos rumbos, navegar por las redes digitales que se tejen a nuestro alrededor y descubrir

nuevos mundos de conexión intergeneracional. Y también el de recordar, en este tiempo en el que nuestras voces apenas se escuchan porque no hay espacios en los que juntarnos y hacernos oír, que las personas mayores, los niños y los jóvenes nos echamos de menos.

Por ello proponemos:

1. Alertar del distanciamiento social que han generado las distintas medidas y restricciones derivadas del estado de alerta, que no solo han implicado el distanciamiento físico, tanto comunitario como intrafamiliar, sino también la reducción de la movilidad de muchas personas mayores y de otras generaciones, y la reducción de espacios de interacción social e intergeneracional, lo que ha incrementado el grado de aislamiento y soledad de esas personas.
2. Tomar conciencia de las consecuencias derivadas del distanciamiento social y su repercusión en la salud física, psicológica y emocional de las personas mayores, algunas de las cuales están entre las más afectadas y vulnerables ante sus efectos inmediatos y prolongados.
3. Integrar el paradigma intergeneracional como principio estratégico en las políticas públicas de las distintas administraciones, un eje intersectorial que promueva la innovación y la transformación de los servicios y espacios públicos para mejorar la calidad de vida, la convivencia y la cohesión social.
4. Diseñar y apoyar por parte de las distintas administraciones públicas, empresas y entidades sociales nuevos planes y programas tendentes a generar escenarios intergeneracionales de carácter virtual, que permitan conectar a las personas mayores con la infancia, la adolescencia y la juventud a través de medios digitales.
5. Crear estrategias a nivel estatal, regional y local que aseguren la conectividad digital de las personas mayores, tanto en el ámbito institucionalizado como en el doméstico, y que posibiliten su conexión a través de dispositivos electrónicos.
6. Identificar y reconocer a las personas mayores como usuarias específicas de dispositivos y recursos digitales, promoviendo una plena accesibilidad de los aparatos electrónicos, de las aplicaciones y de las plataformas más adecuadas para que puedan estar conectadas a entornos virtuales.
7. Desarrollar líneas de acción tendentes a reducir la brecha digital que afecta a las personas mayores, promoviendo su alfabetización digital y la actualización y mejora de sus competencias para integrarlas en la nueva sociedad del conocimiento.
8. Identificar buenas prácticas y experiencias relacionadas con programas intergeneracionales llevadas a cabo de manera virtual, posibilitando las relaciones intergeneracionales a pesar del distanciamiento físico y la reducción de la movilidad.
9. Potenciar las iniciativas de investigación y desarrollo tendentes a generar nuevos escenarios digitales y virtuales que favorezcan las relaciones intergeneracionales, que permitan nuevos medios de atención y cuidado y que posibiliten la acción del voluntariado.

Este manifiesto pretende ser un documento abierto e interactivo, que recoja las aportaciones de todas aquellas personas, centros o entidades que quieran sumarse a la propuesta que presentamos. Esta tarea no podemos llevarla a cabo de manera aislada y necesitamos la colaboración de todos para diseñar y desarrollar iniciativas que nos ayuden a trabajar por esta nueva senda. Por eso abrimos la recepción de ideas, planteamientos, sugerencias, experiencias, programas y proyectos que puedan contribuir a concretar y desarrollar el plan que contiene este manifiesto y que compartiremos en un escenario de trabajo colaborativo.

Por favor, hacédnoslas llegar al correo:

masintergeneracionalidad@gmail.com

Este Manifiesto ha sido redactado por:

Ángel Barragán Cerrato
Ignacio Chato Gonzalo
Pilar Díaz Conde
María Gutiérrez Benítez
Gemma Herráiz Segarra
Ester Martínez González
Sacramento Pinazo Hernandis
Mariano Sánchez Martínez
Eva del Toro Correa
Yolanda Vilorio Gómez